



Clara
Sánchez **Entra en
mi vida**

DESTINO

I

Verónica

En el último estante del armario de mis padres había una cartera de piel de cocodrilo envuelta en una manta que nunca se usaba. Para cogerla tenía que traer la escalera de aluminio desde el tendedero y subirme a lo más alto. Pero antes debía buscar la llavecita con que se abría la cartera entre los pendientes, pulseras y anillos del joyero de mi madre.

Nunca le había dado importancia. Hasta mi hermano Ángel, de ocho años, sabía lo de la cartera, y si no nos sentíamos tentados de hurgar allí era porque dentro no había nada de interés: la escritura de la casa, las cartillas de vacunación, los papeles de la seguridad social, la licencia del taxi, los recibos del banco, las facturas y los certificados de estudios de mis padres, y cuando yo llegase al instituto también iría a parar allí mi boletín de notas. A veces mi padre apartaba el frutero de la mesa del comedor y abría la cartera, que se desplegaba en tres partes y no cabía en otro sitio, a no ser en la de la cocina si se quitaban todos los trastos que había encima.

Mi padre me había pedido que lo despertara de la siesta a las cinco. No se había afeitado como señal de que empezaban las vacaciones. Se levantó abotargado y, después de estirarse y bostezar, abrió el armario y bajó la cartera: parecía que iba a aprovechar para revisar papeles. Lo seguí por el pasillo. Seguí sus piernas peludas y el

bañador de rayas hasta medio muslo. La barba le había crecido varios milímetros y era como uno de esos padres sonámbulos que salían de los adosados de nuestra urbanización los fines de semana, clavaban unas estanterías en el garaje y lavaban el coche medio dormidos y acorchados. Mi padre se dedicaba a limpiar el taxi. Casi todos los padres del vecindario resultaban más atractivos cuando iban y venían del trabajo que dentro de casa, con la diferencia de que el mío debía de ser más guapo que la media porque, cuando iba a buscarme al colegio, las profesoras, las madres de otros niños e incluso los propios niños me preguntaban ¿es ése tu padre? Si quería llamar la atención en algún sitio, sólo tenía que pedirle que me acompañara. A su lado adquiría cierto resplandor. Pero mi padre no tenía ningún sentido de la estética y no se consideraba nada especial. No tenía conciencia de ser una persona que gusta a otras, nada más le preocupaba el trabajo.

Lo seguí hasta el comedor y allí abrió sobre la mesa de caoba la cartera de los documentos importantes, la cartera sagrada, que dividió el mundo en un antes y un después, y a mis padres en los de antes y los del secreto. Nunca olvidaría esa tarde. Mi madre había llevado a Ángel a kárate y no regresaría en hora y media porque ella también aprovechaba para nadar antes de recogerle.

A mi madre, Roberta, todo el mundo la llamaba Betty. Estaba mal de los nervios, y el médico le había recetado que hiciera mucho ejercicio. Correr, nadar, bailar. A mí no me hacía ninguna gracia que bailase porque llegaba un momento en que se ponía a llorar y no se sabía si era de pena o de alegría. También le recomendó rodearse de flores, por lo que la casa parecía muy alegre. Había jardineras y macetas en el porche, en los poyetes de las ventanas, sobre los muebles, y en los lugares donde no llegaba la luz había puesto flores de plástico y de tela.

Así que estábamos solos mi padre y yo cuando, con la

cartera abierta sobre la mesa, le llamaron por teléfono y salió a hablar al jardín con el inalámbrico. Empezó diciendo que por ese dinero ni siquiera metía la llave de contacto. Yo me quedé dentro, aburrída; no pensaba en nada cuando pasé la mano por la caoba de la mesa y la piel de la cartera. La voz de mi padre sonaba fuera. Hablaba y hablaba. A mí me dio por desplegar la cartera del todo, y descubrí que tenía cuatro partes y no tres como había creído hasta ese momento. Quería comprobar lo larga que era y fue entonces cuando vi asomando por una ranura el pico de lo que parecía una fotografía. La saqué con cuidado con las puntas de dos dedos, como si quemara, y la miré y remiré sin saber qué pensar.

Estaba viendo a una niña como yo, mayor que yo. Yo tenía casi diez años y la otra tendría doce. Era tirando a rubia, con melena a la altura de las orejas y flequillo, y la cara redonda pinchada en un cuello largo y delgado, que le daba aire de superioridad. ¿Quién era esa niña? ¿Por qué estaba en el lugar donde se guardaba lo importante? Llevaba un peto vaquero con una camiseta por dentro y chanclas, y tenía un balón en las manos.

Y de pronto ya no oía a mi padre. Había colgado, así que dejé la foto donde estaba, con un pico asomando, y la cartera como la encontré. Tenía la sensación de haber hecho algo malo, de saber algo que no debería saber, y por nada del mundo quería asustar a mi padre, ni preocuparle —ya tenía bastantes problemas con el trabajo—, por haber mirado donde no debía.

Salí al jardín. Mi padre abrió la boca como un león.

—Verónica —dijo—. Tráeme una cerveza del frigorífico, la más fría que encuentres.

Ni por lo más remoto se me habría ocurrido preguntarle quién era esa niña: un sexto sentido me advertía que habría sido mejor para todos que no la hubiese descubierto. La lata estaba cubierta de vaho helado y de la cocina al jardín me fue quemando los dedos.

Me quedé mirando cómo se la bebía cerrando los ojos. El calor aflojaba. ¡Ah!, dijo con satisfacción al terminar de tragar. Se limpió las comisuras de la boca con los dedos y se colocó bien las gafas para mirarme como si por fin se hubiese despertado del todo. El resplandor de fuera se alejaba de nosotros como una ola.

A partir de ese momento la cartera de cocodrilo en lo más alto del armario, bajo la manta, empezó a despedir una luz muy fuerte que llegaba hasta mí estuviera donde estuviera en la casa, y esa luz se me metía en la cabeza y me ordenaba ir al tendedero a coger la escalera de aluminio, arrastrarla como pudiera hasta el dormitorio de mis padres, buscar la llave, subir la escalera, bajar la cartera, abrirla sobre la cama, sobre el edredón de grandes flores verdes y azules y mirar una vez más aquella foto que me dejaba hipnotizada y que acabé memorizando al dedillo. Y cuando mi hermano aparecía en el dormitorio o presentía que mis padres llegarían de un momento a otro, deshacía lo hecho. Después de cerrar la cartera, resolvía bien la llave en el joyero y cargaba de nuevo con la escalera.

La niña de la foto se llamaba Laura. Estaba escrito en un papel con la letra de mi madre. Me sonaba. En casa se había pronunciado ese nombre más de una vez, pero hasta que no descubrí la foto no le presté atención. Mis padres, cuando hablaban de sus cosas, casi siempre mencionaban a amigos que yo no conocía y que seguramente nunca conocería. Compañeros de trabajo de mi padre, alguno de nombre extranjero, y amigas de soltera de mi madre. Mi casa estaba más llena de gente invisible que real. Y encima mi madre no era muy sociable y le duraban poco las amistades. La más constante era una amiga que se llamaba Ana y que tenía un perro lanudo. La llamábamos Ana la del perro. Además de prestarles dinero

para terminar de pagar el taxi, escuchaba a mi madre con mucha paciencia y le daba la razón en todo. En casa le estábamos muy agradecidos porque durante ese rato Betty era una mujer normal, con una amiga normal a la que le estaba contando sus cosas.

Me gustaba su peculiar manera de tocar el timbre con tres timbrazos cortos, como si llamara en clave. El perro era muy grande y había que sacarlo al porche para que no lo llenara todo de pelos, y yo jugaba con él, le daba galletas y le hacía rabiar. Tenía los ojos negros y brillantes y la lengua rosa y goteante. Y había un momento en que el perro, *Gus*, me miraba de una manera más intensa que cualquier ser humano. Al fin y al cabo, eran ojos. Ojos de perro y ojos de persona, pero ojos hechos para mirarse y entenderse.

¿Qué quieres decirme, *Gus*?, le pregunté mientras veía tras el cristal cómo mi madre abría delante de Ana la cartera de cocodrilo. Mamá, para cogerla del último estante, no tenía que llevar la escalera al dormitorio; le bastaba con subirse en una de las butacas forradas en azul y ponerse de puntillas. No era muy alta, medía uno sesenta y cinco, pero con tacones lo parecía. Lo que pasa es que no se los ponía nunca. Llevaba casi siempre botas de cordones debajo de los vaqueros o chanclas en verano, y el pelo recogido en una cola de caballo para no tener que arreglárselo. Hoy, como hacía bastante calor, se había puesto una túnica que Ana le trajo de uno de sus viajes a Tailandia. Era blanca y transparente, con un dibujo de cristalitos en el pecho. No se maquillaba, sólo en mi comunión y en la de mi hermano y entonces el cambio era espectacular. Por eso su amiga Ana le decía de vez en cuando que, para que la quisieran, primero tenía que quererse a sí misma, comentario que me parecía una tontería porque a mi madre la queríamos Ángel, mi padre y yo.

Mi madre sacó la foto de Laura que yo estaba harta de escudriñar y echó un vistazo alrededor para compro-

bar que yo no estaba por allí. Por mi parte disimulaba acariciándole el lomo a *Gus* sin quitarle ojo al comedor: Ana miraba la foto y a mi madre muy atenta, muy seria, sin parpadear, dejando que el pitillo se le consumiera entre los dedos. Ana era alta, buen tipo, pelo corto negro, con algunas hebras plateadas antes de tiempo, y cara de estar siempre por ahí. No se parecía a mi madre en nada, era pura diversión. Fumaba como un carretero y siempre se le caía la ceniza encima del sofá. No usaba cenicero. Chupaba y el pitillo se iba convirtiendo en ceniza y luego se rompía, pero a ella le daba igual. Parecía que estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana. La considerábamos muy lista. Conducía de maravilla, casi mejor que mi padre, por calles estrechas con coches en doble fila. Aparcaba en cualquier hueco. A veces dejaba el coche medio subido en la acera, casi sosteniéndose en la pared. Conocía a fondo la ciudad: calles perdidas, bares, restaurantes, tiendas, clínicas, peluquerías. Este mundo no tenía secretos para ella.

Esa tarde fue tremenda, incluso *Gus* estaba alerta, con las orejas empinadas, como si fuese a tener que actuar de un momento a otro. La tensión era total. Aunque hubiese querido no habría podido desentenderme de lo que estaba ocurriendo, sabía un poco y sospechaba demasiado, ¿quién era esa niña? Me habría quedado sin ir al cine un año por escuchar la historia que mi madre le estaba contando a Ana. No debía de ser nada fácil contarla porque se cogía la cabeza con las manos, lloraba, volvía a comprobar que yo no estuviera por allí, se encendía otro cigarrillo que aplastaba al minuto, le enseñaba otra vez la foto, que Ana tomaba entre sus dedos con aprensión. Ana movió negativamente la cabeza como diciendo es imposible, y mi madre suspiró y se pasó el dorso de la mano por la nariz. Por fin cerró la cartera con varios golpes secos y se la llevó de vuelta al dormitorio, mientras Ana se quedó mirando a la pared de en-

frente. Estaría contemplando el mueble del televisor y los libros que había alrededor. Estaría agotada de la escenita melodramática que le había montado su amiga. Después se subió un poco la manga del jersey y miró la hora. Se puso en pie, de pronto tenía prisa. Anduvo de un lado para otro del comedor frotándose las manos como si fuese a arrancarse la piel.

Antes de que mi madre volviera, Ana fue a buscar el perro al porche.

—¿Estás aquí? —dijo alarmada al verme junto a *Gus*.

Me concentré en volver a acariciar el lomo peludo: estaba claro que Ana preferiría que no supiese nada de la foto de Laura y no quería meter la pata.

—Creía que habías salido.

—No, me he quedado jugando con este salvaje. ¿Dónde está mi madre?

—En la cocina, creo, o en el baño.

La verdad es que me incomodaba cómo me observaba Ana, que sabía perfectamente que mi madre estaba guardando la cartera en el dormitorio. Daba la impresión de que quería hacerme desaparecer con la mirada.

—Pensaba que os habíais ido a dar una vuelta —se me ocurrió decir para tranquilizarla.

—No, hemos estado charlando —contestó ya más relajada y tomando entre los dedos uno de mis rizos.

Ana siempre decía que tenía un pelo precioso, el sueño de cualquier chica. Lo tenía como mi madre, negro y rizado, lleno de caracoles por la nuca y en las sienes. Y a Ana le gustaba tocarlo, meter la mano dentro y dejarla ahí unos segundos. Pero yo me sentía aliviada cuando por fin dejaba de sentirla.

Cuando mi padre llegó por la noche notó que algo pasaba.

—Se lo he contado —dijo mi madre en cuanto entró en la cocina.

Mi padre hizo tiempo lavándose con el detergente de fregar los platos. Se pasó las manos húmedas por la cara y por fin miró a su mujer.

Yo estaba haciendo los deberes en la mesa de roble de la cocina y apenas levanté la cabeza del cuaderno: no quería que reparasen en mí y me hicieran salir. Ya tenía el pijama puesto y había cenado con mi hermano, que estaba viendo la televisión.

—Quizá ella pueda ayudarnos.

Mi padre torció el gesto, se le ensombreció la cara. Se convirtió en una roca con ojos tristes.

—¿Se puede cenar? —preguntó de mal humor.

—Sí —dijo mi madre poniéndole el plato de espaguetis delante con un golpe.

Unas cuantas gotas de tomate regaron la mesa. Menos mal que no era la mesa buena del comedor porque entonces sí que habría sido un desastre. En la de la cocina se podía bailar encima y no pasaba nada. Mi padre abrió las palmas de las manos como para detener una tormenta.

—He tenido un día regular. Casi me atracan.

Sospeché que era una manera de frenar a mi madre.

También mi madre se sirvió un plato y los dos comenzaron a cenar en silencio, sin mirarse.

Había llegado el momento de cerrar el cuaderno e irme con Ángel a ver la televisión. Me repantigué en el sofá y me quedé mirando la pantalla sin pensar en lo que veía. Ángel tenía mucha suerte: no sabía nada, vivía en la inopia, pendiente de comer y jugar. Algo de la televisión le hizo reír y me miró para ver si también me reía. Dependía mucho de mi opinión. Siempre estaba observando de reojo si algo me parecía bien o mal, si me hacía gracia o no lo que él decía, si me gustaba lo que dibujaba.

De la cocina no venía ningún ruido, ni siquiera de platos, vasos o cubiertos, como si nuestros padres hubiesen muerto. Les debía de estar costando trabajo romper

un silencio tan profundo, un silencio como el del mar cuando se bucea y no se oye nada.

Ángel seguía a un lado, pendiente de mis movimientos y pendiente de la televisión. Era más que delgado, no había manera de que los brazos y las piernas tomaran algo de forma por mucho que mamá lo llevara a kárate. Iba siendo cada vez menos rubio y de mayor sería completamente moreno, por lo que no parecería la misma persona. Mi padre también había sido rubio y ahora era tirando a castaño, pero con ojos azules. En las fotos de niño tenía una cara redonda que parecía que jamás fuese a endurecerse, pero sí que se le había endurecido hasta marcársele todos los huesos de la cara.

—¿Has hecho los deberes? —le pregunté por decir algo.

Como era de esperar, Ángel no contestó y se acomodó más en el sofá. Permanecimos así unos segundos hasta que dirigimos la cara hacia el pasillo que llevaba a la cocina. De allí llegaba un llanto débil. Podía ser llanto o una risa ahogada. Quizá mis padres habían hecho una de esas cosas que hacen los adultos de abrazarse de golpe y pasar de la pena a la alegría. Ojalá, pero no era probable. Eran muy tozudos; no les gustaba dar el brazo a torcer y, sobre todo, les costaba romper el silencio profundo, como si por romperlo fuese a estallar el universo.

Ángel volvió la cara otra vez hacia la televisión. Una cara preocupada en una cabeza que no quería preocuparse; si no hubiese estado yo delante, se habría tapado los oídos. Era llanto, y luego, nada. Ahora, el grifo. Mi madre estaría lavándose la cara. ¿Qué hacía, me iba o me quedaba? No quería verles así, pero tampoco quería salir huyendo a mi cuarto. Decidí quedarme junto a Ángel. Los pasos de cuatro pies descalzos avanzaban hacia el salón; el volumen de la televisión se elevó por los anuncios.

—Ana es muy lista, seguro que se le ocurre algo —dijo

mamá, y se dejó caer en el sofá de golpe, como intentando romperlo—. ¿Cómo voy a estar tranquila, Daniel, cómo voy a estar tranquila?

A mi padre le cayó una tela invisible por los ojos y se le puso la mirada de cuando la vida no merecía la pena. Podía leerse el pensamiento: trabajar, aguantar a los clientes, estar cogido al volante todo el día, soportar a unos cuantos compañeros que no podía ver, preocuparse por el colegio de los niños, por sus estudios, por su futuro, por que fuesen bien vestidos y no les faltara de nada, tener todos los recibos al corriente, procurar sacar a Betty del pozo oscuro en que a veces caía. Pero no era bastante, nunca era bastante, porque por bien que se hicieran las cosas, por bien que se encarase la vida, siempre, absolutamente siempre, había algo pendiente.

Y yo sabía qué era eso pendiente. Era Laura. Algo grave ocurría con la niña de la foto.

—Ana me ha ofrecido un trabajo para que me distraiga.

A mi padre le desapareció la tela invisible y se animó un poco. La vida volvía a merecer la pena.

—Me harían un hueco en la empresa de un amigo suyo vendiendo productos dietéticos y cosméticos de alta gama a domicilio. Dice que a lo tonto a lo tonto te sacas un sueldo.

—No nos vendría nada mal —dijo mi padre cogiendo a su mujer por los hombros.

Ángel asistía a la escena viendo la televisión con los ojos de la cara y viendo a sus padres con los ojos de la nuca unas veces y con los ojos laterales otras. Era más inteligente de lo que parecía, por lo que era conveniente que no escuchase el nombre de la niña para que no preguntase.

—Por lo visto, puedo sacar varios frascos de multivitaminas al mes para nosotros a mitad de precio. Son reconstituyentes.

Todos miramos hacia Ángel, y Ángel dijo que él no pensaba tomarse esas porquerías.

Me propuse ser la próxima vez mucho más simpática con Ana y con *Gus* porque gracias a ella mis padres acababan de salir del infierno al menos por esa noche.

2

Laura

Cuando nos marchamos de nuestra antigua casa de El Olivar yo tenía doce años, mi madre era joven y mi abuela Lili no estaba en la silla de ruedas. La casa era difícil de encontrar. Estaba al final de una cuesta a la derecha, entre árboles y hiedra, y si no sabías que allí vivía gente te la pasabas. Sólo iba el cartero y los que leían los contadores de la luz, el gas y el agua. Y cuando venía alguien a visitarnos había que explicarle mil veces cómo llegar. Todo era así. Por las mañanas la parada del autobús se llenaba de vecinos que salían de entre la maleza con trajes y tacones, y también nuestro coche, con los faros encendidos en invierno, con las ventanillas bajadas en verano para que entrara el fresco y el olor a regado.

Y de pronto un día tuvimos que marcharnos y tuve que cambiar de colegio. Lili y mamá dijeron que era más práctico vivir encima de la zapatería, el negocio de la familia, en un piso señorial, y no tener que coger tanto la carretera. Pero no podían disimular que estaban enfadadas porque había ocurrido algo de lo que hablaban cuando no estaba yo o creían que no estaba. La noticia que revolucionó nuestra vida se la dio Ana, a la que yo a veces llamaba tía sin ser realmente mi tía. Se presentó un día en casa bastante seria, diciendo que nunca se habría imaginado que esto pudiera pasar, y me mandaron a jugar al jardín. Por las puertas de cristal del salón miraba a

Ana ir y venir de un lado a otro con un cigarrillo en la mano, y a Lili y a mamá escuchándola sentadas. A la semana siguiente de madrugada nos mudamos y metimos todos los muebles en el piso de la calle Goya, encima de la zapatería. Durante toda la tarde anterior estuve recogiendo mis cosas y a las cinco de la mañana llegaron los de la mudanza. Estábamos serias, tristes, irritables; no nos mirábamos. A mí no me permitieron despedirme de mis amigos del vecindario ni decir en el nuevo colegio dónde vivía. Me dijeron que a nadie le importaba nuestra vida y que no querían que los nuevos propietarios del chalé nos dieran la lata con reclamaciones. No me costó mucho callar porque estaba acostumbrada a no hablar de la familia. Me hice más discreta aún y pensaba lo que iba a decir antes de abrir la boca. Y cuando me saltaba esta ley, sentía que traicionaba a mi familia y a mí misma y que era una irresponsable.

A Lili todo el mundo la quería, pero pocos podían imaginarse lo desconfiada que era, como si alguna vez le hubiese ocurrido algo terrible e imposible de contar. Desde que tuve uso de razón la oí decirme que no me fiara de nadie y que no hablase con desconocidos. Me decía que la gente siempre quiere algo y que pocas veces sabemos qué es realmente. Cuando iba al colegio me decía que me anduviese con ojo y que nunca le dijera a nadie en qué calle vivía ni cómo me llamaba; me decía que no tenía por qué hablar con extraños y me contaba cuentos que tenían que ver con niños a los que querían secuestrar. Y cogí la costumbre, que ha continuado hasta el día de hoy, de no abrir la puerta de la calle sin preguntar antes quién es.

Aparte de mi madre, Greta, y de mi abuela Lili, mi familia la formaban mi tía Gloria y su marido Nilo y mi prima Carol, la actriz, y unas tías segundas de mi madre, una soltera y la otra viuda, que había tenido dos hijas, Catalina y otra que murió cuando yo tenía diez años

y que se llamaba Sagrario. Sagrario era una mujer tan dulce y discreta que casi nadie se dio cuenta de que había muerto. Yo recordaba de ella cómo se me quedaba mirando fijamente y luego me sonreía, como si quisiera comunicarme algo con el pensamiento o como si viese en mí algo muy extraño. Toda la atención la acaparaba Catalina, y la pobre Sagrario se conformaba con su pequeño y corto papel en la vida. El hermano menor de Lili se llamaba Alberto y tenía un hijo que también se llamaba Alberto. Alberto I y Alberto II estaban unidos a las celebraciones. No se sabía nada de ellos hasta que mágicamente aparecían en el cumpleaños o en el entierro, como si no existieran en ningún otro lugar del universo. Más o menos ésta era la familia más próxima, toda materna porque mi padre desapareció del mapa antes de nacer yo. No se hablaba de él, hasta el punto de que tenía la impresión de que nunca había existido y que mi madre y mi abuela me habían hecho con sus propias manos. A la que más quería era a mi prima Carol porque habíamos pasado muchos veranos juntas, porque ninguna tenía una hermana y porque sólo me llevaba tres años y yo la admiraba.

Desde los diez años hasta los doce me dormía todas las noches pidiendo que no muriese nadie de mi familia, sin acordarme de que la pobre Sagrario ya había muerto. Y por el momento mis ruegos habían sido atendidos. Y si yo tenía ese interés por que todo siguiera igual es que seguramente era feliz.

Sólo podría ser más feliz si se enamorasen de mí como se enamoraban de Carol. No tenía que hacer nada para que se fijasen en ella. Tenía mucha presencia: cuando entraba en una habitación era como si hubiesen entrado veinte. Cuando se arrancaba la goma del pelo y sacudía la cabeza y el ambiente se llenaba de suavidad y brillo y fragancia, nos quedábamos mirándola como a un ser superior. A mí me daba miedo ser como Sagrario,

así que a veces trataba de imitar a Carol. Me esforzaba por ser muy simpática y natural y espontánea, por no pasar inadvertida, pero no producía el mismo efecto que ella y además acababa agotada. Yo era más bien contemplativa y reflexiva, aunque para bien poco me habría servido ya que no supe distinguir ni interpretar ninguna de las señales que la vida me enviaba.